

Silencio, nombre de mujer: Fernán Caballero

ESCALERA MAESTRE, Raúl

Gustóme ese nombre por su sabor antiguo y
caballeresco,
y sin titubear un momento lo envié a Madrid,
trocando para el público, mis modestas faldas de
Cecilia
por los castizos calzones de Fernán Caballero

Resulta bastante evidente el hecho de que sexo y género son dos conceptos íntimamente relacionados pero mutuamente restrictivos. Desde un punto de vista biológico, no existe duda de que el ser humano se diferencia en dos *sexos*, macho y hembra. Se trata, pues, de un dimorfismo sexual bastante claro en comparación con el que existe en otras especies animales; es decir, existen una serie de rasgos que matizan las diferencias. En todas las culturas se defiende la idea de que hombres y mujeres son “diferentes” y cada una elabora una interpretación distinta sobre estas diferencias. Es más, cada sociedad cultural establece una serie de comportamientos y actitudes característicos de cada uno de los sexos. Se asiste así, por tanto, a una construcción cultural de un concepto biológico al que se denominará *género*. De esta forma, queda claro que una misma realidad comprende dos imágenes, una biológica –el sexo-, y otra cultural –el género. Será en esta imagen cultural de esa realidad en la que nos centraremos.

En *Palabras de Dolor*¹ destacué los llamados “Diez cánones *De Genere*” que se habían establecido en toda la sociedad occidental, y el primero de ellos no es más que la identificación entre sexo y género. Macho igual a masculino. Hembra igual a femenino. Se trata de una relación igual por igual en la que aparentemente no existen otras posibles combinaciones. No obstante, la realidad real es mucho más distinta de esa realidad ficticia a la que llamamos “verdadera, real e irrefutable” cuando nos limitamos a definir lo que es masculino y lo que es femenino:

1. *El hombre es el ser masculino de la especie humana mientras que la mujer corresponde al femenino.* De acuerdo con este primer acercamiento, se considera hombre a todo ser masculino que físicamente presenta unas determinadas características universales tales como, voz grave, vello, hombros anchos, aparato reproductor externo (pene y testículos); mientras que se considera mujer a todo ser femenino que

¹ ESCALERA, Raúl, *Palabras de Dolor*. En Prensa.

físicamente presenta una voz aguda, pechos, mayor desarrollo de caderas y aparato reproductor interno (vagina). De este modo, todo ser humano puede ser encuadrado en uno de estos dos grupos, sin ningún problema aparente.

2. *El hombre es el macho de la especie y como tal es el que ejerce pleno derecho sobre la mujer que es la hembra de la susodicha.* Así pues, toda mujer está predestinada a ser dominada y todo hombre a ser dominador. Algo así como ocurre entre el resto de las especies animales, con la única diferencia del concepto de civilización y de razón (que ya trataremos), de las que se supone que la especie humana está dotada por la gracia de Dios.

Estos cánones establecidos en un marco sociocultural, junto a la supuesta realidad superior del sexo macho, parecen ser las causas principales que permiten hacer titubear a las mujeres sobre su propio papel en la sociedad y de esta forma, limitar sus aptitudes intelectuales e incluso físicas. No obstante, a lo largo de la historia, han sido muchas las mujeres que se han desvivido por luchar en pro de sus ideales a fin de conseguir esos objetivos y metas que desde un principio se habían marcado de forma tan clara.

Centrándonos en el ambiente literario, no cabe duda de que la verdadera revolución literaria femenina no cobra nombre y apellidos hasta inicios del siglo XIX. Grandes escritoras como Jane Austen y Emily Brönte consiguieron hacerse un hueco en el contexto literario de su contemporaneidad. No obstante, esto no implica que anteriormente la literatura supusiese un mundo allende al alcance de las féminas. El siglo XVI, por ejemplo, marcó un hito en la historia cultural italiana debido, especialmente al amplio espacio que, entre los poetas petrarquistas, correspondió a las mujeres. Tullia de Aragón, Verónica Franco, Verónica Gambara, Vittoria Colonna o Gaspara Stampa fueron grandes escritoras de una época en la que la mujer comenzaba ya a adquirir “razón de existencia”. Hay quien dibuja una relación entre este hecho y el nuevo papel que adopta la mujer con el movimiento humanista y renacentista, pues es en el Renacimiento cuando la mujer comienza a identificarse como la versión femenina del hombre y a abrirse camino en el mundo cultural y artístico. Buen ejemplo de esta nueva concepción de mujer encontramos en el *Orlando Furioso* de Ludovico Ariosto

donde “hay una variadísima gama de mujeres en mil actitudes y comportamientos distintos”.²

No obstante, en España la realidad sociocultural va muy por detrás de la europea. El hecho de que el contexto literario sobrepase las aspiraciones femeninas en gran manera va muy relacionado con esa “gama” de comportamientos, características y definiciones que establecen la diferencia esencial entre ambos sexos: macho-pensante, hembra-dependiente. En un país en el que el machismo constituye por antonomasia el primer elemento definitorio de la sociedad nacional de la época³, poco espacio quedaba reservado para el ejercicio intelectual del sexo opuesto, independientemente de la condición social. Como ejemplo, tomemos a Fernán Caballero.

Cecilia Francisca Böhl von Faber, fue una destacada novelista española, nacida en Morges (Suiza). Aparentemente, Cecilia tenía todos los puntos necesarios para convertirse en una gran literata: fue el fruto de un matrimonio de intelectuales, Nicolás Böhl von Faber, famoso hispanista de reconocida reputación como autor, y su madre una gaditana entregada a las letras. Su vida, al igual que la de sus padres, se sale de lo común: continuas mudanzas y traslados, tres matrimonios, y continuas polémicas levantadas en torno a sí.

De esta forma, a Cecilia sólo le bastaría hacerse notar con el apellido Böhl para conseguir pronto el éxito en las artes de las letras; no obstante no hay nada más lejos de su realidad. Cecilia ocultaba su nombre tras la máscara de un seudónimo, el de Fernán Caballero. Son varios los autores que coinciden en afirmar que a Cecilia le movía el deseo de mantener incógnito su verdadero nombre, y se empeñaba con tesón y esfuerzo en mantener secreta su autoría; por ello, el gesto descubridor de su amigo José Joaquín de Mora que la delató ante la condesa de Velle le disgustó en gran medida:

Hasta aquí todo iba bien, pero acaba de llegar un caballero de Madrid que ha esparcido en voz en grito la noticia que soy yo la autora (...) No sabe Mora el daño material y moral que me ha hecho. Las lágrimas que me ha hecho derramar 4

Mora, él sólo que lo sabía, sacó a luz, no pudiendo resistir a los ruegos de la culta, discreta, amable y simpática condesa de Velle⁵

² PETRONIO, *Historia de la literatura italiana*, Madrid, Cátedra, 1993, p. 272

³ Téngase en cuenta que el término “machismo” se mantiene tal cual en distintas lenguas, como préstamo del castellano. En muchas ocasiones, decir “macho” implica “español” y por analogía “latino”.

⁴ HEINERMANN, T, *Cecilia Böhl von Faber (Fernán Caballero) y Juan Eugenio Harzentbusch. Una correspondencia inédita*. Madrid, Espasa Calp, 1994, p. 97

⁵ ARGÜELLO LÓPEZ, A, *Epistolario de Fernán Caballero: una colección de cartas inéditas con prólogos y notas del mismo autor*, Barcelona, Sucesores de Juan Gili, Editores, 1922, p. 30.

Son muchas las razones que atañen la elección de Cecilia de usar un sinónimo; sin embargo, podemos esbozarlas en tres grandes motivos:

1. Salvaguardar su propia intimidad
2. Miedo a que, debido a su apellido alemán, el público español la considerase una extranjera, y por tanto, incapaz de escribir en español y sobre la cultura y costumbres de la nación.
3. Embozo y vilipendio de los lectores por su condición de mujer.

Cate usted ahí las ventajas de mi incógnito. Si se dice que es de una señora, nadie la lee.⁶

No obstante, y pese al desenmascaramiento público por parte de De Mora, Cecilia siguió haciendo uso de su seudónimo en sus obras, e incluso llegó a ampliarlo con su círculo de amigos:

...por ese nombre soy generalmente conocida, aun en mi círculo personal, y único por el que soy, *debo ser y quiero ser* conocida en el círculo literario.⁷

De esta forma queda bien definido la razón por la que Cecilia enmascaró su vida bajo el seudónimo de Fernán Caballero, nombre que, según Valencina, tomó la autora de un pueblo manchego.

...escribió un artículo que debía salir a luz; y mientras se devanaba los sesos para ocultar su nombre, acertó a pasar por la puerta de su casa un vendedor de periódicos gritando desaforadamente “¡Detalles del crimen cometido en Fernán Caballero!” Parecióle de perlas, y con él estampó su firma al pie del artículo y de los demás escritos que sucesivamente fue publicando⁸

Sin duda alguna, me atrevería afirmar que Cecilia, Fernán Caballero, trataba de alejarse de los cánones que ponían límite a su capacidad intelectual, y por antonomasia, a la del género femenino. Resulta aún más curioso el hecho de que toda mujer que se preste a la literatura termina, tarde o temprano, por escribir algo basado en sus propias vivencias. Tal fue el caso de Fernán Caballero en *Clemencia*, donde el reflejo del espejo que separa a Clemencia de su proyección no es más que el de la propia autora española. En esta novela, al igual que hiciera Sibila Aleramo en su novela *Una donna* en el siglo

⁶ HEINERMANN, *ibidem*, p. 89

⁷ ARGÜELLO LÓPEZ, *ibidem*, p. 175

⁸ Fr. D. de Valencina, *Cartas de Fernán Caballero*, coleccionadas y anotadas por Fr. D. de V., Madrid, Librería de los Sucesores de Hernando, 1919, p.275-276)

XX, la intelectualidad femenina se convierte en el punto de mira del tópico recurrente del argumento. En *La Ilustración*, Vicente Barrantes publicó una carta que dirigía a Fernán Caballero, en la que, tras un suave elogio de su preferencia por ocultar su verdadera identidad, le reconviene por su insistencia en hacer filosofía:

Clemencia es una filósofa a medias, que ni goza como mujer ni como hombre: es el espejo fiel en que retrata su imaginación de usted, vacilando entre las flores del mundo material y los abrojos del mundo moral. Clemencia no ama ni aborrece, no es mujer

Lo que da prueba de fe a esta insinuación de Barrantes es el hecho de que la protagonista –tras una decisión intelectual- deje de amar a Sir George; pues, como acertadamente refiere Barrantes si realmente fuera filósofa, no le hubiesen fascinado antes “las maneras elegantes del inglés...” porque lo primero que a todo filósofo le ocurre es que la forma está muy rara vez en armonía con el fondo.

No sería difícil pasar por alto el rechazo de Barrantes hacia la intelectualidad femenina, como fruto de esos prejuicios todavía vivos y flamantes. No obstante, hay que reconocer que el crítico acierta al percatarse de que en la novela existe un equilibrio imposible entre intelectualidad y sentimentalismo.

Sin embargo, Fernán Caballero entiende su personaje de Clemencia como “el ideal femenino traído a la realidad”, y interpreta su actuación como consecuencia de un acuerdo entre su virtud y su espiritualidad, porque se hallan “en perfecto acuerdo su corazón y sus ideas”. Y es precisamente ésta la respuesta con la que hace frente a la crítica de Barrantes. Y es más, a la ‘estrambótica’ pregunta del crítico sobre la satisfacción de la autora con su obra *Clemencia*, ésta responde que “como pintura de una heroína romanesca, no, como novela, no; como libro bien escrito, mucho menos, pero como personificación de la mujer cumplida en todos estados, como la entienden dios y los hombres sí”.

Esta controvertida pugna entre el sí y el no de la intelectualidad femenina se vislumbra en la misma novela, al tratar sobre la educación de Clemencia. En el capítulo 2 (II), su tío le recomienda que no aspire a la profundidad en los conocimientos, puesto que en la mujer éstos deben ser sólo “un pulimento, un perfeccionamiento, es decir, cosa que debe serte más agradable que útil” y continúa explicándole cómo, pese a que el saber está al alcance de todos, éste constituye una *superioridad* para el que lo posee; superioridad que debe disimularse, sin embargo, y más aún por la mujer:

Es una carga, como lo es para el gigante su estatura; gozar de ella y disimularla con benevolencia y no con desdén, es la gran sabiduría de la mujer

Estos conceptos no son más que otra muestra de la refutabilidad de la marquesa de Arco-Hermoso (en su carta al *Artista*) a su derecho, según lo llamaríamos hoy día, a competir en el mundo de los hombres como escritora; pero siendo siempre muy consciente de su propia superioridad, incluso cuando se trata del hombre a quien terminará uniéndose:

Pablo, después de extrañar que Clemencia demostrase tanto afán por los libros y por recoger cuanta enseñanza salía de los labios de su tío, empezó por interesarse en esta enseñanza, la que le pareció en extremo amena, y acabó por engolfarse en ella

De esta forma, y en voz de Clemencia, Fernán Caballero mantenía su ideal de hacer literatura, sin ningún límite real ni ficticio que delimitase el reino de la razón, la frontera entre lo masculino y lo femenino.

Puede que algún día, cuando yazca mi persona en la tumba como hoy Fernán en el olvido, si da algún hijo del siglo XX con algún tomillo mío, diga: “Vaya que en el desenfreno material y moral del siglo XIX, entre los rugidos de las revoluciones, las saetas de la incredulidad, los discordantes chillidos del extranjerismo, la risa sardónica del escepticismo en todas sus materias, los bramidos contra todo lo existente, ese desprecio furibundo a las canas, se alzó una débil mujer pagando culto a todo lo insultado, pagando tributo y homenaje a todo lo destronado; sus fuerzas eran pocas, su voluntad buena; fue menospreciada de la generalidad, pero tuvo amigos simpáticos

Y en la mayor soledad de su compañía, y en la total pobreza de sus riquezas, falleció en Sevilla aquella que, por voluntad y obligación, se vio en la necesidad de ponerse por nombre *Silencio*, y por apellido *Mujer*.

Puede que algún día, cuando yazca mi persona en la tumba como hoy Fernán en el olvido, si da algún hijo del siglo XX con algún tomillo mío, diga: “Vaya que en el desenfreno material y moral del siglo XIX, entre los rugidos de las revoluciones, las saetas de la incredulidad, los discordantes chillidos del extranjerismo, la risa sardónica del escepticismo en todas sus materias, los bramidos contra todo lo existente, ese desprecio furibundo a las canas, se alzó una débil mujer pagando culto a todo lo insultado, pagando tributo y homenaje a todo lo destronado; sus fuerzas eran pocas, su voluntad buena; fue menospreciada de la generalidad, pero tuvo amigos simpáticos

Carta